LADISLAO GRYCH

LA VIDA DESDE EL ESPÍRITU ⁽³⁰⁾

Las reflexiones serían un aporte para aquellos que dedican su vida a la oración.

Conozco el ambiente adonde llevo mis vivencias, a esos cristianos muy inquietos que buscan al Señor en medio de sus vidas; hace un año, les hablé del Padre nuestro, y lo escribí en *“Tu Luz llena mi vida”*; hoy, deseo continuar con aquellas reflexiones; aún nos separan el tiempo y la distancia, pero pronto lograremos comprendernos en lo que el Señor espera de nosotros.

PREFACIO

Estas reflexiones son un aporte para la oración. A lo largo de mis escritos hay espacios para orar, más bien de un modo indirecto; como los textos parten de la presencia del Señor, los mismos pueden proyectar un clima que nos lleva a vivenciar nuestra Unión con los Cielos más altos.

Es que orar es permitirse llevar por la Presencia del Señor, es aún permitir que Él obre cada vez más libremente. Si precisamos el espacio para fortalecer su Presencia, en fin, la misma se canaliza en medio de las actitudes, en el tiempo que es del Señor; con esta intención sigo expresándome; si deseo que Él esté en cada palabra; es por el bien de aquellos que lo buscan en su vida; que el Señor les bendiga.

Sarandí del Yi, 16 de nov. de 1994

A. 1. LA PRESENCIA DE JESÚS

a. VA CRECIENDO EN EL TIEMPO

Jesucristo, según el Evangelio de san Juan, es la Palabra del Padre; la que está presente desde el Principio, según la cual, el Padre había creado el mundo.

Hoy, la Palabra promueve la renovación del mundo y de los hombres, como una meta de la Creación.

Al hablar de Jesús Encarnado, no podemos olvidarnos de esta gran visión, diría, de la visión plena de Jesucristo.

No obstante, si "Él vino a los suyos, y no lo reconocieron", ¿en qué sentido vino a los suyos?

El mundo y los hombres tienen rasgos de Jesucristo, aún le pertenecen, pero se habían olvidado de su origen; es que no piensan en Él ni lo viven ni lo buscan.

Y Él, que es el Principio, la Palabra según la cual habían sido creados, camina en medio del mundo como un desconocido; si reclama su lugar, aún lo consideran mentiroso o blasfemo; es lo que pasa con Jesús.

En realidad, todos somos suyos, no solamente los del pueblo elegido de aquel tiempo; también es cierto que su pueblo iba a participar de aquel primer encuentro con Jesús; aún lo tenía anticipado; y Él nace en medio de su pueblo, camina entre los suyos, sin embargo, ellos no reconocen su grandeza, ni lo aceptan; aún no saben asumir su dimensión de la Palabra del Padre.

El pueblo lo rechaza, a pesar de los hechos que Jesús había manifestado; y lo va a llevar hasta la cruz.

¿Qué otra cosa peor podría esperar Él?; pero el rechazo abre un nuevo camino para un Jesús cada vez más grande; apunta a la dimensión de Jesucristo, a la Vida de la Palabra hecha

carne en medio del mundo.

Justamente, sigue resucitando la Imagen de Jesucristo; y para eso, el mundo y los hombres necesitan tiempo.

Cuando Juan escribe el Evangelio, han pasado más de sesenta años desde la muerte de Jesús; y los acontecimientos le sirven a Juan, para poder comprender a Jesús y su Misión; me atrevo a decir que Juan se iba asombrando, con el tiempo, iba viendo a Jesús cada vez más grande y más aún, Jesús iba creciendo en el mundo; así me imagino a ver.

Los discípulos compartieron el camino con Él, a la vez, iban hallando a Jesús cada vez más grande; pero a todos ellos es como si les faltase el tiempo para llegar hasta el final, como si se quedasen en medio de su tarea.

No obstante, trazaron el camino del crecimiento de Jesús en el mundo, hasta que, algún día, logremos descubrir a la gran Imagen de Jesucristo, si es que el hombre puede alcanzarla; ellos abrieron el camino y nosotros seguimos sus pasos para llegar a lo que ellos lograron y si es posible, caminar aún más lejos, hasta qué punto nos den el corazón y el tiempo en que vivimos; aún sospecho que todo se presta para que crezca la Imagen de Jesús en nuestros tiempos.

Al decir que nuestros tiempos podrían encontrar a Jesús aún más grande, parece un atrevimiento; no obstante, este modo de pensar ya es acorde con la intuición más profunda del corazón, con la inspiración que el Señor nos brinda, si aún estamos bien abiertos, y realmente la esperamos de Él.

No nos olvidemos de que la transformación anunciada para la humanidad, está como condicionada por lo que es Jesús en medio del mundo; y en la medida en que vamos asumiendo su Imagen, el mundo y los hombres siguen transformándose.

La historia y los tiempos nos van enseñando que lo poco que nos relatan los Evangelios, va tomando su vida en medio de los tiempos que hemos vivido y los que estamos por vivir; Jesús del Evangelio es como si estuviese tomando un vuelo en la historia, aún como si siguiese incorporándose en los tiempos, épocas, acontecimientos; es que Jesús iba naciendo, muriendo y resucitando, para llegar a nuestros días y desde hoy, sigue creciendo más aún.

Cuando la humanidad vea a un gran Jesús, es porque verá la transformación en medio de la humanidad y del mundo; no sé qué tiempos viviremos para ver esa Imagen de Jesús, pero es cierto que todo nos lleva por ese camino y el Señor nos conduce.

Es lo que debemos sentir nosotros, al ver la Imagen de Jesús cada vez más grande, en medio de la humanidad y luego, anunciarlo al mundo y a los hombres.

Es la misión de los cristianos en nuestros tiempos.

b. AL HABLAR DE JESÚS

Me atrevo a decir que muchos cristianos no han vivido de un modo profundo, el encuentro con Jesús; por eso, aún hago la pregunta: ¿estamos seguros de que alguna vez nos habíamos encontrado con Él, cara a cara?; ¿podríamos hablar de aquel momento, de las circunstancias?; ¿en qué sentido la Vivencia nos cambia?; es que Jesús ya no nos deja en el lugar donde habíamos estado, pues volveríamos a lo que fuimos, más tristes aún.

El encuentro con Jesús fue de un modo muy particular, y Él siempre es una gracia; el Señor inicia el reencuentro que se realiza en medio de nuestra realidad; si es que la misma aún podría ser como un obstáculo y dificultar el camino, en fin,

se pone al servicio para poder vivirlo con júbilo.

Los verdaderos encuentros impactan de un modo profundo y abren los tiempos de búsquedas; a lo mejor, buscamos cómo solucionar nuestra realidad y recurrimos a distintos caminos y distintos consejos; se nos pasa la vida y las cosas siguen igual, peor aún; pero es la hora para encontrar a Jesús; no es que Él no estaba antes, pero no se daban las circunstancias para buscarlo desesperados; tampoco Él desea que lleguemos a esa clase de conflictos; y si nos espera, está atento a cada hora, por si lo necesitamos.

Quizás, reconocemos a los hermanos que nos ayudaron llegar a Jesús; fue una gran ayuda; no sé si la supimos ver en aquel entonces; luego sí, por lo que es Él, en nuestra vida.

Quiero dar gracias al Señor, por mis hermanos; y hay tantos en la hora de la gracia; por mucho tiempo, Jesús no prendía en nosotros; y la presencia de mis hermanos fue aún, como regar en tierra desenterrada hasta poder afianzar la Vida en nuestro interior.

Cuando prende la Vida de Jesús en nosotros, su presencia se va fortaleciendo; Él comienza a enfrentar a la realidad, a lo débil y distorsionado, y lo aprovecha para el crecimiento de la Vida según sus principios; es que toda la realidad empieza a reordenarse según los principios del Señor; lo que pasa es que necesitamos mucho tiempo para ver esa obra.

La Imagen de Jesús se nos presenta cada vez más grande en medio de la transformación de la vida, iniciada y continuada por Él; si podemos presentir la grandeza de Jesús, por lo que es en la vida de los hermanos, en fin, aún esperamos vivirla en nosotros; no hay otro modo para ver bien, su grandeza.

A este Jesús lo comenzamos a transmitir con mucha fuerza,

con la palabra y los gestos, y más aún con la vida; y los que nos escuchan, se van a guiar por lo que es Jesús en nosotros; luego, los hermanos retomarán su propio camino de Jesús, en medio de su realidad.

Son muchos los que hablan de Jesús; aún todos buscan un lenguaje, un modo de hablar; en fin, es el lenguaje de nuestra vida y de Jesús que nace en nuestro corazón.

Él es tan nuestro para nosotros, como para aquellos que nos escuchan; pues ellos deben ir asumiéndolo poco a poco, e ir nutriéndose con Jesús, hasta que nazca y crezca en medio de sus vidas; será un crecimiento propio de su tierra, y de la misión que les espera; Jesús, en sus corazones, va a inspirar una nueva vida.

Mientras hablamos de Jesús que vive en los corazones, aún lo vamos sembrando en los que nos escuchan; no siempre las tierras responden bien, pero aún hay que seguir sembrando a Jesús; es que algún día, la siembra ya será por lo nuevo en el tiempo del Señor, y según lo que Él espera en la vida de los hermanos; pues sembramos la vida de Jesús, su presencia y sus obras mucho más grandes de lo que esperamos, y su obra en nuestra vida es más grande de la que vemos; aún debemos dejarle la plena libertad y no condicionarlo con nada del mundo.

Mientras hablamos de Jesús cada vez más grande, ya no sólo crece su obra en el mundo, sino que también nuestro corazón se agranda casi instintivamente; con tan sólo hablar de Jesús crece su presencia, su obra en nosotros; la solemos presentir y alegrarnos profundamente, y toda para la gloria del Señor.

Que la reflexión nos sirva para que nos atrevamos a hablar de Jesús, buscándolo en nosotros, aún, compartiéndolo con los hermanos.

Que nazca un gran deseo de hablar sobre Él; más bien, que sea la urgencia de un corazón agradecido, por lo que es Él en nuestra vida, creyendo que la misma obra y más grande aún, la pueden vivir los hermanos que lo esperan a Jesús.

B. 2. YO SOY LA LUZ

a. EL SOL DE LA HUMANIDAD

A la venida de Jesús a nuestro mundo, se la considera como el nacimiento del Sol; al ver qué es el sol para la tierra, la comparación nos sirve para abrirnos a la dimensión de la obra del Señor, mientras Él ilumina las vidas, al penetrarlas profundamente.

Jesús declaró que era la Luz del mundo; y no sé si todos le creían; pero sus palabras se quedaban como flotando por los tiempos; y el mundo es testigo de la Verdad y de la Luz, a pesar de la Oscuridad; quizás, se necesita de esa Oscuridad para que la Luz se manifieste más aún, que vaya llegando a la tierra, a las vidas.

Jesús dijo que el Sol daba Luz para los buenos y malos, sin hacer preferencias; no todos la pueden ver ni aprovechan su Luz para el bien; es el misterio de la vida; lo que el Señor nos da en abundancia, aún lo podemos usar según nuestros principios, no siempre para el bien; no obstante, Él igual se entrega por los hombres.

Algún día, Jesús aparecerá como el Gran Sol ante toda la humanidad; no habrá más dudas quién es Él, pues el mundo y los hombres reconocerán su Grandeza y su Obra. Será la hora de la Gran Luz, del Sol naciente; pues desde el horizonte, el Sol llegará a las alturas e iluminará plenamente.

El Sol da Luz, Calor, tan necesarios para que la Vida nazca y crezca; pues, la Vida necesita de la Luz, del Calor del Señor, de Jesús próximo al Padre; ¿quién no lo comprende?

Voy contemplando la Luz que viene del Sol, y su Calor me

penetra; ¿qué hubiese sido mi vida sin Luz ni Calor?
Miro las plantas; aún contemplo al Señor bondadoso, que se acerca para acariciar mi vida, envolviéndola con su Luz.

¿Qué hubiese sido mi vida sin Él?; no lo sé; pues mientras lo ignoro, Él la ilumina, entregándose plenamente en mí.
Su Vida es ser Luz y Calor; es llegar a todos, hasta a aquellos que, por el momento, no lo ven ni lo buscan.
Es que el Sol es para todos.

La vida frente al Sol se despierta instintivamente.
Aún, la que ni siquiera descubre la relación entre el Sol y su crecimiento, responde por su propio instinto.
Si el Sol, con acariciarla, la despierta, ¿de qué modo lo hace Jesús?; si Él me envuelve con su Ternura, mi vida se abre hacia el Sol; ¡qué misterio!

El Sol acaricia la vida; sus rayos son como las manos largas que van llegando a mi vida desgastada, herida; así, se levanta mi vida, lentamente, hasta que logre ser lo que debe ser.
Hay un ritmo del crecimiento a la Luz del Sol.

De esta manera, quiero vivir mis días, siempre consciente del Sol que me acaricia, en el camino tan protegido por el Señor.
El Sol me vigila, mientras hago mis pequeños pasos por esta tierra; pero mis pasos reciben la Luz del Sol que me ilumina día y noche; sólo es que de noche no lo veo.

Cada vez más, te necesito, Jesús; es porque sin ti, mi vida se marchita y muere.
Tú eres mi Luz para siempre; no me dejes sentir tu ausencia en tiempos de mi oscuridad, ni me dejes sentirme solo.

b. TU LUZ EN MI VIDA

Mi vida está en medio de tu Luz, Señor; a la vez, entre tu Luz y mis sombras que perforan mi espíritu.

Tu Luz, Jesús, puede penetrar mi oscuridad; sólo esperas tu tiempo y mi deseo.

Contemplo la vida de los bosques y campos; por donde llega tu Luz, está la vida.

Tu Luz se esfuerza; porque donde no llega, vienen la muerte y la destrucción.

Quisiera que mi vida se recuperase en ti, Señor, por eso, sigo dejando mis muertes, para que las envuelvas con tu Luz.

Me haces ver, Jesús, cómo tu Luz llega cada vez más; frente a ella, se tuerce la oscuridad que me inunda.

La oscuridad había llegado tan hondamente que aún ahoga a mi espíritu; me cuesta tanto para que tú llegues; no obstante, estás y sigues llegando a mi espíritu.

Mi oscuridad está con mis penas, tristezas y miedos, y me envuelve en mi plena noche; aún me siento desprotegido y abandonado, y mi vida parece muerta.

Te invito, mi Señor, a la profundidad de mi ser, donde la oscuridad es más densa y fría; te invito casi a ciegas, porque cuando te digo que vengas, tampoco te veo ni te siento.

Creo que estás más allá de mi oscuridad.

Estás en medio de mi oscuridad, como el Sol tras mis nubes espesas, densas, por la realidad de mi vida.

Tu Luz y tu Calor penetran en mi ser y mi oscuridad, llegan a la profundidad, donde está el germen de tu Luz de siempre.

Al resguardar la noción de tu Luz tras la oscuridad, mi vida empieza a calmarse, aún más allá de mis penas y tristezas, y

culpas.

El tiempo de tu Luz, quizás es largo, hasta que logre tocar a toda mi vida, a mis miedos y mis angustias.

Tú, Señor, penetras mi realidad, y me la haces ver; es tan triste; no obstante, en medio de tu Luz, se transforma.

Tu Vida será grande; y estarás en mí con tu Luz.

¿Cuánto tiempo tardarás Señor, hasta que limpies el cielo de mi corazón?; y será aún un tiempo justo, tuyo, por mi vida, mientras pasen los vientos y las tormentas para golpear a mi tierra que también es tuya; el tiempo será tuyo, por mi vida.

Sólo sé y me lo haces ver, que mi vida recobrará su fuerza, la seguridad en tu Luz que descansará en mi espíritu, al vencer el camino de mi oscuridad; pues, la Luz en mi corazón, inicia el crecimiento; mi vida renace de tu Luz.

De tu Luz que llega a mi corazón y descansa en mis tierras, mi vida recobra la seguridad contra todo lo que enfrenta; será otro modo de enfrentarse, será distinta mi vida.

Muchas de mis debilidades no existirán más, y serán otras las que debo ver, porque la vida las debe sufrir; no obstante, las podré enfrentar con tu Luz tan afianzada en mí.

Mis debilidades son consecuencias de mi oscuridad; y si se van ellas, las debilidades no tendrán fuerza.

Tu Luz vencerá mi vida.

Sólo te pido, Jesús, a que ilumines mi vida, cuando camine y trabaje, descanse y duerma; que sigas iluminándola, cuando te tenga presente y cuando me olvide de tu Luz.

Pues mi vida te necesita; y no podría vivir, si recibiera tu Luz tan sólo por escasos momentos.

Sólo te pido, Jesús, a que sigas iluminando mi vida.

Aguárdame en medio de Luz, Señor.

3. USTEDES SON LA LUZ PARA EL MUNDO

a. ¿CÓMO LO VEÍAN A JESÚS?

¿Cómo imaginarnos a Jesús que caminaba por las tierras del mundo?; ¿qué presentía la gente cuando lo veía?

Para algunos, es uno más, como cualquiera, si se guían por lo exterior; porque Jesús no ocupa ningún lugar importante ni se viste como los letrados.

Hay gente que aún lo considera como alterado, para no decir endemoniado; y éstos cuestionan su postura espiritual.

Quizás, a esa imagen sin darle importancia, la tenían muchos en aquel tiempo; lo debemos tener claro para reconocer que es difícil ver la verdadera Luz.

En el corazón del hombre está la inquietud por la verdadera Luz, que suele quedarse escondida, cubierta con las cenizas, en medio de un ser débil; si la inquietud nos despierta, es el instinto que sigue vigente como un presentimiento.

¿Y qué pasa cuando se encuentra con la Luz?

¿Qué puede pasar cuando la vida, de repente, se halla en su camino con la Luz?; y si es que la vida actúa de algún modo, no siempre responde como debe hacerlo; pues surge una inquietud, un cuestionamiento, una duda, aún, un rechazo, una rebeldía; pero alguna vivencia pasa en el corazón oscuro.

La confusión nos sorprende, porque de repente, se mezclan las vivencias; la Luz que viene del Señor y nuestra realidad es oscura; aún no sabemos lo que vemos; pues, ¿es nuestra realidad o es Jesús con su Luz, que nos enfrenta?

Si bien, la oscuridad es fuerte y nos confunde, el impacto que viene de Jesús y se proyecta en el corazón, nos sacude más aún, por más que no fuese buscado.

Es que Jesús, con su Luz, llegaba muy hondo, casi paralizaba la vida que se veía indefensa; no obstante, fue respetuoso y comprensivo en su mirada; de repente, iluminaba la vida, aún la más oculta; quien no se encerraba ante Él, podía verse con la Luz que le llegaba, aún plena de bondad.
Pero igual, es difícil comprender esa gracia del Señor.

Los que se encontraban con Jesús, sentían alguna vivencia en sus corazones; se veían envueltos, si aceptaban la Luz.
El hombre puede poner sus reparos para encerrarse más aún, ante la gran Luz, como la de Jesús; y Él parece impotente ante la voluntad humana.
¿Hasta qué punto podemos luchar contra el Señor?; sospecho que no podemos oponernos para siempre, porque la gracia está más allá de nuestras decisiones.

El impacto de la Luz puede iniciar un cambio radical; más bien, abre el camino de los cambios que suelen ser difíciles.
Es cierto que se inicia un proyecto marcado por el Señor, en medio de la Luz cada vez más asumida, hasta lograr la plena seguridad, como la Luz del Señor ya integrada a nosotros.

Y esa Luz enfrentará la oscuridad; si bien, al principio, casi encefalece, luego la vida se pone más tranquila.
La Luz va venciendo la oscuridad día tras día; aún, nos va abriendo para la Vida del Señor; es un camino misterioso para nosotros; aún, hay que tener confianza en Jesús, quien nos guía.

En algún momento, nuestra vida hasta presiente la Luz en la profundidad de su corazón, donde la Luz toma su fuerza; entonces, ya empieza el crecimiento de modo ordenado, más calmo; y no es que no tengamos que sufrir ni enfrentarnos, pues la Luz está expuesta ante la oscuridad; y si no viene el enfrentamiento desde adentro, vendría de afuera.

El deseo de que la Luz prenda definitivamente en el corazón, tiene su destino; coincide con la intuición más profunda ya depositada en medio de nosotros.

Cuando la Luz prende, la vida se encuentra más segura, con un futuro de bien; pero no es que no haya que cuidarla; y el Señor nos pone de centinelas frente a esa Luz interior.

Entonces, se abren los caminos a los hermanos; empezamos a soñar que, algún día, esa Luz prenda en ellos.

Es un deseo que puede cumplirse; así lo quiere el Señor.

b. EL FUEGO QUE TRASFORMA

Jesús me habla del Fuego; es su modo de entrar en mí, y tiene tanta fuerza como el Fuego que está por prender.

Al principio, apenas se sostiene, hay que cuidarlo; y cuando toma su fuerza, arrasa; por donde llega, quema y transforma; ¡tiene tanta fuerza cuando está bien prendido!

De este modo, vamos viendo a Jesús en nuestro corazón.

¡Cuánto le costó prender su Presencia!; ¿y cuántas veces, su Presencia se iba apagando por cualquier viento de la vida?; y pasaban días de su paciencia, hasta que prendió de modo seguro; llegó la hora de cierta confianza de que el Fuego iba a sostenerse; es lo voy presintiendo cada vez que prendo el fuego en mi casa, y me cuesta hacerlo; sin embargo, sigo insistiendo.

Luego, veo cómo el fuego se agranda, toma los espacios; aún lentamente, va llegando a todas partes.

Hay partes donde le cuesta más, hay otras, más abiertas para recibir el fuego; los leños se van transformando en calor y en luz, cada vez más grandes.

Me gusta mirar el fuego, y ver los leños prendidos; voy

orando, en mi vida que quiere estar prendida por Jesús.
Pues si ya está prendida, en algún sentido, aún el fuego de la casa me ayuda a vivir, mientras voy tomando unos mates.

Voy orando la obra de Jesús; veo el sol de cada día, que llega hondamente a las entrañas de mi ser; despierta la Vida en mí. Sigo orando su obra en mí, cuando veo el fuego prendido en mi casa abrigada; y el Señor sigue transformando mi vida en medio del Fuego de mi corazón; su Fuego toca mi corazón, pues va transformando a toda mi vida.

Quiero orar, Señor, los momentos, horas y días que pasan, cuando camino, descanso, medito; mi vida se va envolviendo con tu Luz y tu Fuego; aún cambia lentamente, en el tiempo del Señor.

Quizás, no son esos cambios que quiere ver el hombre; pero es la verdadera transformación; así, Jesús sigue penetrando las vidas, con su Luz y su Fuego, con su Paz y su Ternura.

Hasta que la vida no esté envuelta en su Presencia, en su Paz y su Ternura, no hay verdaderos cambios en ella; y hasta que su Fuego de Amor no alcance toda la realidad para poder transformarla, no hay un verdadero resurgimiento; la obra de Jesús suele ser lenta, pues, necesita enfrentar a la realidad en lo más profundo del corazón.

Pero es un gran tiempo en nuestra vida; entonces, podremos partir a los hermanos, aún cumplir con la misión que Jesús nos encomienda; es ir prendiendo la Luz, el Fuego en sus corazones; y todo parece demasiado grande, sin embargo, es real; desde el momento en que el Fuego ya está prendido en nosotros, llevamos la fuerza del Señor a los hermanos; aún, procuramos que el viento malo no lo apague en el sendero hacia ellos.

Si guardamos la noción del Fuego Sagrado prendido en los corazones, tendremos la posibilidad de ver a Jesús y cómo, por medio de nosotros, va prendiéndolo en los corazones de los hermanos; aún, cómo la Luz del Señor, desde nosotros, ilumina sus vidas, hasta prender definitivamente en ellos; es una gracia poder vivir de ese modo; es ver al Señor, quien actúa en los hermanos, por medio de nuestras vidas.

Aún, debemos orar para sostener el Fuego y la Luz en los hermanos, mientras sus vidas no tienen fuerza suficiente; y es posible, si la Luz de nuestra vida está segura, y el Fuego bien prendido; aún, si lo cuidamos en nosotros mismos. Podemos ser testigos de la maravillosa obra del Señor en los hermanos, por el momento, poco comprensible para ellos; y ellos van a sentir la fuerza que les llega, aún sin saber de dónde; de este modo, estamos en la obra de Jesús, misteriosa para los hombres.

En algún momento, el Fuego debe prender en los hermanos, si es que se esfuerzan y lo aceptan; pero la vida debe hallar su propio crecimiento del Señor, en sus corazones; y si por algún tiempo, pueden sostenerse con la Luz, con el Fuego de Jesús, que les viene de otros hermanos, les llega el momento de la opción, de asumir el Fuego y la Luz del Señor en sus vidas.

No todo el mundo espera la Luz y el Fuego que les llevamos; más aún, si el Fuego Sagrado de nuestros corazones no es tan fuerte que arrasaría por donde entrásemos; es que el mundo y los hombres tendrán su tiempo para la obra del Señor; y es que, cuando más se rebelan, más lo necesitan; ellos tendrán sus oportunidades; a ese tiempo lo debemos respetar con serenidad, por más que por dentro nos urgiese el Fuego de Jesús, y las brasas desearan encontrarse con los leños.

C. 4. LES DOY EL AGUA VIVA

a. EN MEDIO DE LA SED DEL HOMBRE

El agua está donde inician el nacimiento y el crecimiento; no podría imaginarme la vida sin ella, pues la necesito a cada instante; tan sólo por un tiempo, la vida guarda sus reservas para enfrentar su ausencia, pero luego vuelve a buscarla.

La vida sufre, se desespera por vivir; pero antes muestra su sed; así es con nosotros, cuando se trata del agua; más aún, mientras se trata del Agua viva.

Cuando Jesús habla del Agua viva, aún resguarda en su pensamiento la presencia del Espíritu, pues toda la vida se alimenta de Él y más aún, si desea renovarse luego de sufrir la sed de nuestro interior.

La Palabra de Jesús llega hondamente; y Él toca el instinto más profundo, a la sed del espíritu; y aún nos habla en el contexto de la sed y de las ansiedades que vive el hombre.

Es como con la gran raíz que suele tener la planta; y luego, vienen otras raíces, en cierta coherencia con la principal.

Hay cierta armonía en las raíces; todo suele partir de la raíz que sostiene a la planta; y es la que debe recuperar la vida, mientras espera al Espíritu del Señor.

Sería bueno ver y analizar la sed y las ansiedades que nos rigen, para comprendernos mejor, aún aceptarnos en medio de las limitaciones y miserias.

Es la sed que nos lleva por su propia fuerza; con frecuencia, no sabemos enfrentarla ni sabemos de qué modo frenarla, ni hasta qué punto; y otras veces, nos abandonamos en medio de la sed, dejándonos correr tras la misma; así lo vivimos desde hace tiempo, sin comprendernos ni qué es lo que nos pasa; en esa vida suele entrar Jesús.

Jesús está en la sed del hombre; si quiere salvarnos, vive en nosotros; de otra manera, ¿cómo actuaría?

Su obra va a encontrar el espacio en la vida, para comenzar a construirla sobre la raíz fundamental, la que debe crecer de lo más pequeño; eso suele llevar a Jesús un largo tiempo.

Él va a iniciar la vida en esa sed, despertándola en las raíces, pues toda la vida debe ir ordenándose de la raíz principal, en el camino del desarrollo que viene del Espíritu.

Nos cuesta imaginarnos adónde podemos llegar, y cuántos cambios y sufrimientos en el camino de la transformación.

Lo comparamos con el trasplante de la vida que sufre mucho, mientras se adapta a la nueva tierra del destino.

Son las raíces que quedan desterradas y sufren, mientras que exteriormente, la planta casi no crece; más bien, se achica por un tiempo; luego sí, retoma sus fuerzas, cuando las raíces ya asumen la vida; pues, esta vida está en el camino de las transformaciones; es como si muriese del todo, para poder resurgir.

Son las expresiones para poder ver el camino del corazón, cuando Jesús nos trasplanta y la tierra aún recibe el Agua del Espíritu; si bien, la vida recibe el Agua, por un tiempo, es como si no supiese asimilarla y parece que tan sólo sufre; no obstante, está atenta para poder hallar los espacios por donde el Agua llega a las raíces que la sostendrán en la nueva tierra.

A la vez, es para comprender el tiempo de miedos, de dudas, de confusiones y de desesperaciones que solemos vivir en el tránsito de la vida; porque las ansiedades aún despiertan una sed muy fuerte, y quieren expresarse.

Me pregunto, ¿cuánto tiempo se debe vivir ese cambio? ¿Quién nos sostendría?; y si Jesús está, Él nos sostiene.

Es difícil ver lo que nos pasa, y aceptar el silencio del Señor; en realidad, es el tiempo de espera, para vivir la tormenta en medio de la sed; y lo comprenden los que han pasado por esta tormenta.

Los que asumen esa tormenta y llegan a la nueva vida, con el tiempo, recuperan el sentido del camino que han recorrido, en medio de la presencia de Jesús; si comprenden su silencio, en realidad, su silenciosa obra fue importante.

Ellos comprenderán el camino, agradecidos al Señor; pero les será claro, luego de superar los cambios; entonces, aún podrán dar un poco de Luz, a los hermanos que inician ese camino, si la guardan en sus corazones, para acompañarles con un respeto pleno de comprensión.

Y todo comenzó de una sed que Jesús había despertado; y Él, en medio de nuestra realidad, supo darnos su Luz, para que la necesidad del Agua viva pudiese manifestarse en medio de las ansiedades que nos ahogaban; así, quizás, Él comienza en la vida de los hermanos; que el Señor bendiga ese camino de Jesús.

b. DESPIERTAS LA SED DE TI

Como la planta busca agua, mientras llega con sus raíces a la profundidad, así sigo buscándote; es lo que siento desde hace tiempo, y me desespero por mi vida que necesita de ti, Señor. ¿Cuándo llegaré a saciarme de ti?, me pregunto.

Las veces que siento la sed de ti, Señor, me desespero; pero también siento que ésta es tu gracia, pues de otra manera, no pudiese buscarte, como lo voy haciendo.

Después del tiempo de olvidarme de ti, y de buscar por otros lados, siento la sed; creo que, algún día, lograrás saciarme plenamente, si es posible lograrlo en esta vida.

Deseo que mi vida sea un río inagotable, con tu Agua, Señor, que pasa por la tierra; quiero estar al lado de la Fuente para ir recibíendote; y como mi tierra está dura y seca, aún le cuesta mantener tu Agua; es como si el Agua no pudiese penetrarla; no obstante, vas llegando; lo presiento y me alegro.

Hace tiempo que voy buscando tu Fuente, y camino contra el agua que corre por mi tierra; quiero llegar a tu Agua pura; recorro contra la corriente en medio de mi vida confundida, y busco ansiosamente en mí, la Fuente tuya, Señor.

Hasta que mi vida no se calme con tu Agua pura, ¿qué pasará con ella, si tiene esa sed?; ¿con qué se llenará, para apagar mi desesperación?; quizás, con lo que vea en el camino, aún apurada por sobrevivir; y es lo que me pasaba por tanto tiempo.

Por eso, aún me cuesta discernir tu Agua pura; sin embargo, te sigo buscando desesperado.

Pues has dejado la inquietud, la sed; si me lleno de cualquier agua, la vida no se queda satisfecha, sino que sigue buscando y la sed es más grande aún.

Aún mi vida no sabe discernir, pero instintivamente te busca; en ese camino sigo con tantos hermanos míos.

Si me cuesta llegar a tu Fuente, tú, Señor, sales al encuentro y sigues buscándome; despiertas sed y sales a la vez; estás en mí y en el Agua que me ofreces; así, me encuentro con Jesús que está en mi vida.

Tantas veces, me dijo Jesús que Él podía apagar mi sed. Yo lo escuchaba, como otras palabras tuyas; no las entendía ni comprendía mi sed de verdad.

Mi vida estuvo insensible ante la sed del Señor; y mientras

caminaba con Jesús, la sed me confundía.

¿Por qué la sed, si Él está cerca de mí?; pues Él brinda su Agua a los que lo necesitan; y parece que no hay otro modo, para que pudiese llegar tan hondamente.

En medio de su Presencia, comencé a presentir a esa sed que parecía extraña; y si Él, cada vez más cerca, la sed crece. Parece extraño; pero de ese modo, el Señor entra muy hondo; en otro caso, su Agua resbalaría por fuera de la vida.

Cuando mi vida se iba llenando del Agua del Señor, la sed fue más grande aún; y fue por mucho tiempo, hasta el día de hoy; no creo, Señor, que me calmes antes de los últimos días de mi vida; si lo haces por el momento, siento una nueva sed; y Te agradezco por cada sed de ti, por siempre.

Entonces, Señor, sigas despertando mi sed; que sea cada vez más fuerte, y que mi vida se vaya llenando de ti.

Que sigas dando tus frutos, Señor; y esos frutos necesitan de tu Agua; y la vida es como desgastándola, mientras el Agua tuya pasa por mi tierra en abundancia.

Te agradezco, Señor, por esa sed, casi permanente.

5. CUANDO LOS HERMANOS NOS NECESITAN

a. UN VASO DE AGUA

Dice Jesús que el vaso de agua que servimos en su Nombre, tendrá gran recompensa, por ser la expresión de un corazón impregnado con el Señor.

Si el valor está en el corazón, ¡cuánta vida del Señor, en un vaso de agua!

Así, podríamos recorrer por las actitudes que llevan vida, y preguntar por la presencia del Señor en los hechos que parten de nosotros, para llegar a los hermanos.

Las actitudes pueden despertarse como el calor de las brasas, a la vez, pueden llevar el agua de vida; hasta donde alcanza el Agua, llega la vida; y si no llega, la realidad queda seca y fría; en fin, todas las actitudes llevan alguna vivencia del corazón.

Mientras la vida es más plena, las actitudes la van emanando por todas partes.

La vida contiene toda la fuerza para llevar las vivencias, aún entregarlas; nos cuesta imaginarnos cuánta fuerza contiene, si es vida de veras; y si no es plena, es más bien triste, como apagada, pues la tristeza y la debilidad van transmitiéndose para llegar muy hondo.

Podemos decir que la vida interior se expande más allá de las palabras y los hechos; nada puede impedir la expansión de nuestro interior.

La vida se abre como el agua de la fuente, con el bien y el mal, con los valores y debilidades; es impresionante la fuerza del interior que va manando.

Por eso, Jesús se preocupaba mucho por la parte interior; no

apuraba los cambios ni se desesperaba cuando nacían con lentitud, sino más bien, reconstruía el corazón fundado en el Espíritu de la Vida; es porque entonces, la vida recupera su verdadera fuerza, su crecimiento, y se expande en medio de los hermanos, al poder llegar a cada corazón que desea vivir la gracia del Señor.

Nuestra vida, con cada actitud que tenga, llega como regando una planta que no tiene fuerza para luchar por su cuenta; a la vez, aún despierta la vida en los hermanos, pues les llega del Corazón del Señor.

Jesús está lejos de las actividades apuradas, y que fuesen aún forzadas; quiere ver la vida como expresión del interior, y que el corazón se vaya abriendo con lo que es, aún en plena libertad de la vida que contiene.

¡Es bueno contemplar la vida de la planta, para poder ver el crecimiento del corazón que contiene la Vida del Señor!; ¡y aún sería ver que cada actitud es abrírnos desde Jesús!

Cuando empezamos a ver que la vida es así, nuestro interior comienza a quietarse; la vida no está tan ansiosa para hacer más, ni intenta estirarse apresurada, pues desea crecer a la Luz del Señor, regada con el Agua de su Fuente.

Nuestra vida empieza a presentir, en sí misma, su verdadero crecimiento, la transformación que le viene del Señor; a la vez, va desapareciendo la muerte; y es lo que espera Jesús de las vidas, por lo que lucha, mientras vive en nosotros.

De esta manera, se refleja la presencia de Jesús en las vidas, pues sentimos su permanente actitud en nosotros; es como si Jesús se quedase para poder reflejar su vida, despertándonos hacia un verdadero crecimiento.

Con su Presencia, la vida crece; cuando logramos verlo y nos detenemos para contemplarlo, estamos en buen camino; es que Jesús nos lleva a mirar el corazón, al vivir el crecimiento

que viene del Señor.

Es la Vida que llega de Jesús, tanto para nosotros como para los hermanos; tiene mucha fuerza esa Presencia en el mundo; no provoca cambios forzados; con tan sólo estar, Él se hace el principio de los cambios que los hermanos necesitan.

Estamos lejos de ver lo que podría ser nuestra vida ante los hermanos, si corriese el Agua del Señor en nuestro interior; aún, debemos lograr la apertura para poder ver su obra que pasa por nuestro corazón.

Tampoco vemos bien cómo el Señor obra en la vida de los hermanos, mientras llevamos su Presencia; nos cuesta ver el camino de la transformación, pues guardamos la imagen de ciertas transformaciones; aún quisiésemos imponer nuestro estilo de pensar frente a las obras del Señor; y eso es para tenerlo en cuenta.

Es que aún no hemos visto bien lo que el Señor hace en nuestra vida; no hemos experimentado plenamente su obra ni la hemos comprendido; alguien puede preguntar, si esto es necesario; ante todo, el Señor nos da su Luz para ver su obra en nosotros; algún día, con la misma Luz, la veremos en los hermanos; y los miraremos de un modo respetuoso; ya no sólo hallaremos al Señor, sino que aún sentiremos cómo Él transmite la vida por medio de nosotros; y Él nos hará ver cómo la vida sigue creciendo en los hermanos, hasta tomar su verdadera fuerza, desde el Señor.

b. AL ABRIRME CON TU AGUA

Señor Jesús, mientras estás en mí, me haces ver lo que es mi vida en el mundo, en medio de los hermanos.

A veces, solía cuestionar mi vida, su sentido, su importancia, pero tú me haces ver lo que antes no veía, me haces valorar

cada paso mío por esta tierra; es tan importante cada paso, mientras tú estás en medio de cada actitud mía.

Yo veía mi vida guiándome por lo humano, y como la podía ver; todo fue tan limitado, casi muerto, sin sentido; pero tú, Señor, me haces ver mi vida en medio de la transformación por la que viven los hombres que te habían encontrado. Cada vida tiene tanta importancia y más aún, si estás en ella; aún quisiese expresar mi deseo más profundo que nace en mi corazón: es que tú estés en todo lo que haga.

Mi vida se va abriendo hacia mis hermanos. Si aún quiere contener el Agua que nace en el Señor, el Agua brotará y se abrirá hacia ellos; si les doy lo que tengo de ti, Señor, así estoy feliz y más realizado aún.

¿Quiénes son los que necesitan de tu Agua que tú abres en mi corazón?; son los que están a mi lado, ellos reciben de tu Agua que brota de mi corazón; así el Agua se derrama por donde la tierra la lleva y la absorbe; y a veces, soy consciente de esta gracia.

De tu abundancia, Señor, deseo abrirme para mis hermanos, y que reciban lo que tengo de ti; no puedo dar más de lo que llevo en mi corazón, pues si intentase hacerlo, sería sólo un esfuerzo inútil que desgasta; porque tan sólo puedo dar lo que tengo, y todo es tuyo.

Cuántas veces quise dar de lo que no tenía, esforzándome; fue sólo un esfuerzo que me cansaba; aún quise llegar a mis hermanos; entonces, lo que les entregaba de mis manos, fue sin vida; quise ayudarles, no obstante, mis manos estaban vacías, porque no brotaba tu Agua en mi corazón; por eso, las tierras de mis hermanos seguían sin agua y aún sufrían su sequía, como la mía; hoy lo reconozco; yo esperaba frutos

donde no había agua.

El corazón lleno de Agua, de Luz y de Sol, está abierto con la gran gracia para la vida; instintivamente se dirige a todas las partes, se brinda con lo que es; va entregando el Agua y la Luz, va recibiendo más aún, en el camino de la gracia que su vida ha descubierto; este corazón se brinda, aún respeta la libertad del crecimiento, como si estuviese mirándolo.

El verdadero cambio es lento; tiene su camino, como si fuese su destino, desde la Luz y el Agua del Señor.

No es un cambio forzado, es respetuoso; y cuando la Luz es fuerte, es como si obligase a crecer; por eso, aquellos que se encontraban con Jesús, crecían o se retiraban a la sombra.

Nuestra palabra, si nace en el corazón lleno del Señor, está plena de Vida, de Amor, de Luz; es esta semilla que cae en el corazón del hermano con fuerza, por más que sea humilde e insignificante; es la Palabra del Señor.

Es la Palabra que no juzga ni condena; es misericordiosa y comprensiva; es justa, llega en el tiempo cuando debe llegar; aún, en medio de nuestro corazón hallado en el Señor, nos permite ver toda la realidad del hermano, como si estuviese mirándola el mismo Jesús; y nos hace hablar desde su lugar.

Es la Palabra del perdón y de la reconciliación.

Tiene la Luz para ver la vida de modo, que llega del Señor; tiene la fuerza de hacerla resurgir; es la Palabra que siembra Vida en el corazón del hermano; la hace crecer, mientras la misma enfrenta las adversidades.

D. 6. YO SOY EL PAN DE VIDA

a. DESDE LA SEMILLA

La semilla de trigo está sembrada en tierra, por donde la luz apenas entra; es la semilla que llega de la Luz, hoy se abre a la Vida y la Luz, al vencer la distancia y la oscuridad. Algún día, veremos el milagro de la Vida; brotará la semilla de trigo.

La luz y el agua la llevarán a la altura de las espigas, al vencer las malezas, el mal tiempo, el frío de las noches. La Vida crecerá alegre en medio de los vientos tibios. Voy contemplando el campo de trigo que supera a la tierra; se va transformando en tanta vida delante del sol, haciendo su danza al sentir los vientos.

El sol, casi con crueldad sigue tostando, y es cada vez más fuerte; ¡cómo se tuercen las espigas! Se ponen doradas como el sol, se inclinan hacia la tierra; y el segador se alegra.

La cosecha, ¿es un tiempo triste, o es bueno para la vida? Hay que juntar las semillas de trigo, antes de que vengan los días malos, de lluvia y de frío. Hay que cuidarlas; algunas de ellas, caerán nuevamente en la tierra; otras serán el pan en la mesa de hermanos.

Aún, las espigas serán golpeadas por los hombres. Porque hay que actuar a la fuerza; así, recibimos las semillas que salen a la luz, bajo los golpes.

Los molinos están abiertos, los obreros esperan; están por traer las semillas de trigo. Las dejarán entre las piedras para que las trituren; aún saldrá

la blanca vida, que fue protegida bajo las cáscaras de oro.

La levadura le dará una nueva fuerza a la harina; la levantará y la transformará; luego, los panaderos la irán amasando, para que tome su cuerpo; lo pondrán en medio del calor para que lo tueste, y le dé su nueva transformación.

Ahora sí, el pan sobre la mesa, partido entre los hermanos; será el Amor y la Vida.

Los hermanos se alegran; lo comparten tantas veces, cuantas se reúnen en el Nombre del Señor.

Lo que reflexiono, es apenas, una pequeña imagen de la obra de Jesús en el mundo, entre los hermanos; es un intento para despertarnos, y que el corazón siga abriéndose más aún. Es tan grande la obra de Jesús, mientras Él está tan integrado a nuestra vida.

Él dijo que las semillas debían morir en tierra, para comenzar a crecer; otras, serían trituradas hasta llegar a ser el pan que alimenta, que aún será entregado en la mesa de los hijos y los hermanos; pues Jesús quiso serlo y más aún.

A este Jesús lo voy asimilando.

Él abre mi mente y mi corazón, para verlo y sentirlo cada vez más grande, más entregado en medio de mí.

Ya puedo ver y presentir cómo mi vida se transforma por su presencia y su entrega.

¡Qué grande es la entrega de Jesús!

b. JESÚS OBRA EN MÍ

¿Qué camino hemos recorrido con Jesús?

¿Cómo Él ha obrado en nuestra vida?

Se nos presenta difícil este cuestionamiento; no obstante, es

bueno que lo hagamos; pues Jesús prepara nuestro corazón, y su Vida en medio de nosotros, va creciendo más aún. Entonces, nos quedamos con la pregunta: ¿cómo obra Jesús en nuestra vida?

Jesús comienza con su Palabra frente a la vida, como inician las semillas en tierra oscura.

La tierra le sirve para que la Vida se despierte, al vencer la oscuridad del corazón; y Él va abriendo su Vida en medio de nuestra tierra, en el camino desde Él, quien obra en nosotros; hay mucho para vivir, para sentir; todo viene de Jesús.

Miro el crecimiento de la naturaleza, y pienso en mí. Mientras las semillas brotan, contemplo a Jesús, la Semilla del Padre en mi vida; trato de ver el crecimiento, en medio de mis tierras oscuras y frías. El pensamiento me lleva, para ver cómo Él obra de veras.

Veo que mi tierra es hostil e indiferente. Jesús aprovecha a mi vida para seguir creciendo, aún como puede lograrlo en mi tierra que es pobre. Presiento los vientos que debe enfrentar y éstos, no bien nace la vida, pronto llegan; algunos son buenos, otros atropellan la vida; y ella, si no se quiebra, aún se fortalece. Las tormentas limpian el aire; también destrozan y quiebran; es el camino de la Vida de Jesús; así lo veo.

Cuántas veces, la vida de Jesús estuvo como quebrándose en mí; me sentí como una planta quebrada; no obstante, Jesús la iba renovando; y lo que me pasaba, aún servía para que su Vida se fortaleciese.

Es esa realidad que Jesús me hace ver, al transformar mi tierra, dándole el sentido, la nueva dimensión; es porque la tierra que parecía sin vida, hoy la tiene; es la Vida del mismo Jesús.

Una vez, Jesús quiso hablar de los frutos de mi vida; y me asusté mucho, porque me costaba ver los frutos del Señor; aún esforcé mi mirada para poder ver, pues si Él vive y aún crece, alguna vez, su Vida logra dar frutos; serían de Jesús en mi tierra.

Me hizo soñar en las espigas doradas frente al Sol.
¡Que misterioso!; el Señor está en mi pobre corazón que lo asume; su Vida crece, a la vez, sigue recibiendo el Calor y la Luz del Sol que gira; pero el Señor es más grande aún.

Me detengo para contemplar esa dimensión del Señor.
Lo veo en mi corazón, estoy con Él, a la vez, me mira desde los cielos, atento por cada movimiento de mi vida que crece; el Señor está dentro de mí, y me contempla desde los cielos; en medio de esas dimensiones está mi vida; Él es tan grande.

Como si el Sol de arriba, siguiese despertando la Luz en la Semilla sembrada en mi corazón, y ella, de este modo, crece; algún día, dará sus frutos que madurarán; serán del Señor.
Es tan grande pensar que todo lo que brota, crece y madura, es del Señor que gira sobre mi vida, mientras que Él llega a la profundidad y despierta la Vida en mí.

Jesús quiere hablarme más aún; me dice que Él es el Pan de mi vida; mientras su Vida en mí, crece a la Luz de los cielos, me habla del Alimento que es indispensable en el camino del Crecimiento del Señor, en mi vida.

Su modo de hablar me abre a la dimensión aún más grande de la Vida, en medio de mi tierra; por hoy, me cuesta ver y Él me da su tiempo; de todos modos, hasta que mi corazón no se abra para verlo, sentirlo y vivirlo, su Palabra queda como suspendida en el aire, entre Jesús y mi corazón.

Jesús habló del Pan de la Vida, cuando el pueblo comía pan en el desierto; en aquel entonces, muchos se escandalizaron, se retiraron; no fueron muchos que se quedaron con Él, y le dijeron que tenía la Palabra de Vida.

Con el tiempo, los discípulos lo entendían un poco más, a Jesús; de esta manera, les iba preparando para poder asumir la grandeza del Señor, como el Pan de cada día y más aún; en ese camino me pone Jesús, y voy encontrando su Vida en medio de mí, tan pobre.

7. NUESTRAS VIDAS POR NUESTROS HERMANOS

a. EL PAN DE VIDA

El tiempo y aún las circunstancias nos preparan para asumir la dimensión de Jesús como el Pan de Vida, mientras la tierra está deteriorada y nuestra vida no puede dar por su propia fuerza; es como si sufriésemos un empobrecimiento, un gran deterioro de las vidas; es la sensación que vive la humanidad; por eso, estamos más abiertos para escuchar a Jesús, cuando nos habla del Pan para la Vida eterna.

Aquí, quiero destacar el modo universal, diría eterno, de la Palabra; sin bien, Jesús siempre puede ser comprendido por los hombres, llega la hora para la apertura ante su Palabra; eso ocurre luego del tiempo de cuestionamientos y rechazos; y lo que se intentó hacer contra la Palabra de Jesús, hoy, aún sirve para que la misma sea más fuerte, y repercuta más aún, en los corazones de los hombres.

Quizás, lo que digo puede sonar como una utopía; quisiese sugerir que estemos atentos por lo que vive el mundo que busca a Jesús; si de veras lo busca y aún abre su corazón, lo hallará como lo necesita, porque los proyectos vienen del Señor; los hombres, más bien, se sorprenden frente a su obra.

El mundo se va abriendo ante Jesús, el Pan de Vida.

Lo que pasa es que se necesitan ver las vidas de aquellos que empiezan a vivir de un nuevo modo, en medio de la vivencia del Pan de Jesús; es importante ver que el Pan de Vida nos transforma; como comemos el pan de la tierra, se desarrolla nuestra vida, así y más aún, deberíamos crecer, al recibir el Pan de Jesús; eso se proyecta cada vez más claro en nosotros.

El cristianismo va recuperando el sentido de Jesús Pan, Jesús

Vida; no es que no lo tuviese, pero podemos vivirlo más aún; la dimensión de Jesús que se entrega como el Pan de Vida, es grande, nos cuesta asumirla; la podemos ir descubriendo por los frutos, aún por la vida hallada en Jesús, quien alimenta a nuestro espíritu ya transformado; porque Él, enteramente se hace el Pan; y si lo asumiésemos, ¿adónde llegaría nuestra vida?

Debemos buscar cómo ir renovando el camino que hizo Jesús con sus discípulos, el que hicieron antes de compartir el Pan de Vida; si es que todo nos acompaña para buscar ese camino, ¿llegará la hora cuando los cristianos compartan la Eucaristía, como Jesús la había vivido con sus discípulos? Lo que digo, parece un reclamo; por algo, siento la necesidad de decirlo, al buscar lo mejor, a Jesús en nuestro mundo.

La Vivencia de Jesús en el Cenáculo, es como la Semilla en medio de los tiempos; aún seguimos buscando lo que Jesús había hecho, descubriéndolo cada vez más; quizás, el Señor desea que, en algún tiempo, a aquella gran Vivencia se la viva muy hondo, por el bien del mundo y de los hombres; y quizás habría que soñar en una Vivencia aún más grande de la que nos dio Jesús en el Cenáculo, para nuestros tiempos.

Porque desde esa Vivencia, se podría soñar en una verdadera transformación, necesaria para nuestros tiempos.

El mundo toma conciencia de la necesidad del Pan de Vida, pero aún no lo siente tan claramente; por un tiempo, es como si no alcanzase esa dimensión, pero las cosas se van dando, hasta que logremos creer en la obra de Jesús, y a buscarlo como el Pan de Vida verdadera.

¡Cuánto camino y cuánta fe como gracia del Señor!

Quizás, todo comienza por los pequeños núcleos de aquellos que viven hondamente la presencia de Jesús, se alimentan

con Él; pues fue así, en todos los tiempos; el mundo necesita de esas Vidas de Jesús; y creo que, en ese camino, Él nos inspira.

Se habló mucho de las pequeñas comunidades, pero aún no se habla demasiado de la Vida de Jesús en nosotros; si es que se ha hablado de Él, aún no se lo supo transmitir con mucha fuerza o no era el tiempo para comprenderlo; y como llega la hora de la Luz, Jesús comienza en los corazones entregados, unidos en Él.

En fin, luego de buscar la Imagen de Jesús, de su Presencia expresada de tantos modos, viene Él que alimenta las vidas; llega el tiempo para ver más a Jesús, contra el razonamiento de los hombres; si lo van a cuestionar más, esa Vivencia de Jesús, el Pan de Vida, será más grande aún; ya nada ni nadie puede oponerse contra el Proyecto del Señor.

También, llega el tiempo de los hermanos unidos por Jesús en el Cenáculo; es como si el mundo necesitase aún más de esa Vivencia, como si abriese un nuevo espacio para vivirla; y vienen los hermanos unidos por Él, el Pan de Vida.
¿Qué esperará Jesús de ellos?

b. SU VIDA DENTRO DE MÍ

Vuelvo a mirar el camino que hago con Jesús, su Presencia, su Obra; es un camino misterioso, tan grande; si bien, lo mío es muy pequeño y pobre, lo que viene de Él, es grande; trato de comprenderlo con la Luz que me da Jesús, en medio de su Proyecto; por algo, Él me había encontrado, me hizo hacer este camino.

Su Vida en mí, me va transformando de un modo tan grande, a pesar de que sigo con mis miserias; su Vida es cada vez más fuerte y Él, me la hace vivirla de un modo profundo.

Jesús enfrenta mi realidad, transformándola de modo que sólo Él puede lograr, con la Luz que le pertenece; aún veo lo que Él me hace ver, mientras mi vida sigue creciendo.

Qué grande es presentir como Él transforma mi corazón. En medio de mi vivencia muy pobre, se abre su Vida de Paz, de Amor, de Comprensión y de Perdón; es tan grande lo que Él desea que nazca en mí; y si Él lo promueve aún para que crezca, será aún más grande de lo que sigo soñando; aún mis sueños son pequeños frente a la Obra del Señor.

Mi vida nace y crece en el Señor.

Jesús es el Pan para poder alimentarla; se entrega en medio de mi vida; nunca hubiese soñado en su entrega tan grande. Mientras Él es mi Pan de cada día, aún empiezo a digerirlo; ¿llegará la hora, cuando pueda asimilar plenamente el Pan de Jesús?

¿Llegará el tiempo en que mi espíritu esté abierto para recibir el Pan de Jesús, para el crecimiento que Él espera en mi vida transformada por Él?; y como comienzo a soñar, Jesús obra cada vez más.

Esta gran Vivencia es como si se manifestase aún más plena en medio de los hermanos unidos en el Nombre de Jesús; es como si la Vivencia estuviese multiplicándose, al abrirse hacia los hermanos y Él, tan grande en las vidas que asumen la transformación.

Los hermanos comparten a Jesús, cada vez más plenamente, en sus corazones cada vez más entregados a Él; y Jesús, al ser el Pan de Vida, está en la mesa que une a los hermanos; y los une de verdad, más allá de los vínculos que suelen vivir los hombres.

Se abre Jesús hacia los hermanos, en el camino por dónde Él

quiere llegar; y desde Él, seguimos abriéndonos con lo que es Jesús; si Él une los corazones, los mismos aún se abren, se entregan; entonces, ¿adónde nos llevará Jesús?

¿Adónde nos lleva?; es lo que vivieron sus discípulos.

Si es que comenzaron con Él, seguramente se preguntaban a dónde les iba a llevar; y Jesús les llevó por el camino de paz, de reconciliación; aún les enseñó a aceptar de corazón a los hermanos, a vivir por ellos, quiso que entregasen sus vidas; es lo que les sorprendía y quizás más aún, les asustaba; pero si lo analizamos bien, la entrega es la máxima expresión de la vida; no hay otro modo más grande que éste.

La enseñanza de Jesús fue encaminada hacia la entrega; y Él les enseñó a sus discípulos el Amor que llevaría a darse por los hermanos; ellos lo aprendían, les llevaba mucho tiempo, a la vez, lo iban buscando y lo iban descubriendo en Jesús.

Si bien, al principio, la entrega nos asombra y asusta, luego la vemos como expresión de las vivencias del corazón que se entrega libremente, al vencer los obstáculos.

La vida entregada se realiza; a la vez, es el modo para seguir encontrando a los hermanos; mientras la vida se entrega por ellos, los va salvando; eso nos hace ver Jesús con su Vida.

Tenemos el camino de crecer hacia la entrega, tan propio de nuestra realidad; si es que hay obstáculos y cosas que traban, en lo más hondo de nuestro espíritu, hay presentimientos de una vida feliz, en medio de la entrega; por eso, Jesús está en nosotros; y si nos lleva por ese camino, algún día, podremos lograr vivir plenamente, la entrega de nuestro corazón.

La vida entregada vale para la obra del Señor en el mundo, en medio de los hermanos; aún genera otras vidas que se van a encaminar para entregarse.

Aquí, trato de comprender mejor la entrega de Jesús.

Él, entregándose, aún despierta a sus discípulos; haciéndoles compartir el Pan de Vida, los alimenta con Su Vida para que se fortalezcan en las entregas aún más grandes.
En este camino están los cristianos.

Prefacio	3
A. 1. La presencia de Jesús	5
a. va creciendo en el tiempo	5
b. al hablar de Jesús	7
B. 2. Yo soy la Luz	11
a. el Sol de la humanidad	11
b. tu Luz en mi vida	13
3. Ustedes son la luz para el mundo	15
a. ¿cómo lo veían a Jesús?	15
b. el Fuego que transforma	17
C. 4. Les doy el Agua viva	21
a. en medio de la sed del hombre	21
b. despiertas la sed de ti	23
5. Cuando los hermanos nos necesitan	27
a. un vaso de agua	27
b. al abrimme con tu Agua	29
D. 6. Yo soy el Pan de vida	33
a. desde la semilla	33
b. Jesús obra en mí	34
7. Nuestras vidas por nuestros hermanos	39
a. el Pan de Vida	39
b. su Vida dentro de mí	41